

Los griegos y la creación de la imagen de África en la Antigüedad clásica

ENRIQUE GOZALBES CRAVIOTO

Universidad de Castilla-La Mancha

El continente africano ha presentado en épocas diferentes una imagen característica, marcada sobre todo por el exotismo y por la diferenciación cultural. Otras muchas imágenes existieron en la antigüedad con respecto a otros pueblos excéntricos de los territorios de predominio político y cultural. Podemos mencionar como ejemplos la visión de los primeros escritores griegos sobre la Península Ibérica, o las imágenes que sobre galos y germanos ofrecieron escritores latinos como César y Tácito. Pero en todos esos casos, la imagen inicial experimentó una evolución y cambios significativos, quedando ampliamente superada¹. Por el contrario, la imagen de África, forjada por griegos, cartagineses y romanos, en general por los pueblos mediterráneos que se introdujeron en ella, con variantes, ha permanecido prácticamente vigente hasta bien entrado el presente siglo².

El tema que planteamos rebasa, a nuestro juicio, la mera curiosidad o erudición. La interpretación de una Historia del continente africano, como referida a unos pueblos, costumbres, culturas o hechos inmutables³, descansa no únicamente en una posible realidad, más o menos detectable, sino en los tópicos y prejuicios con la que se ha observado el continente. De hecho, los exploradores europeos del siglo XIX, que se aventuraron

¹ Para el caso de la España antigua, GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J. y otros: *La imagen de España en la antigüedad clásica*. Madrid, 1995.

² DESANGES, J.: *Recherches sur l'activité des méditerranéens aux confins de l'Afrique*. Roma, 1978.

³ KI-ZERBO, J.: «Introducción general», *Historia General de África. I. Metodología y prehistoria africana*, Madrid, 1982, pp. 23-44; FAGE, J. D.: «Evolución de la Historiografía de África», pp. 45-62.

en África, estaban plenamente influidos por textos de la antigüedad clásica, desde los pigmeos de los autores griegos, a los gorilas del «Periplo de Hannón», a las descripciones clásicas acerca de las exploraciones de las fuentes del Nilo⁴.

Los griegos de la antigüedad clásica fueron los creadores de la primera imagen exótica del continente africano. Ese influjo que tuvieron en el imaginario colectivo se explica por el hecho, bien cierto, de que sus escritores más insignes fueron en la propia antigüedad considerados importantes y emblemáticos para la literatura⁵. El primitivo contacto de los griegos con Egipto ocasionó que, ya en el siglo VI a. de C., dispusieran de elementos que conformaban su imagen de África. En esta imagen helénica, al África conocida se unió el África del que tenían referencias más o menos imprecisas, para terminar incorporando datos de un África puramente intuitiva o imaginada. Pero este África imaginaria no tuvo menos importancia que el África real, conformando una visión mítica del continente.

En la concepción griega de época clásica existió una neta distinción entre Egipto y el resto del continente africano. La denominación de Libia que dieron al conjunto de África procedía del nombre LEBU, con el que los egipcios conocían a los restantes habitantes indígenas del Norte de África⁶. Además la presencia colonizadora que los griegos tuvieron en la costa de Egipto, con una dedicación sobre todo comercial, tuvo su complemento en su asentamiento más occidental, en la Cirenaica, en este caso con unas motivaciones que fueron predominantemente agrícolas⁷.

Bien sabido es que el legado de la civilización egipcia se transfirió a partir de los griegos. Egipcios fueron los orígenes de la imagen que de África tuvieron los griegos de la antigüedad. En principio, a través de los egipcios conocieron la existencia de poblaciones del Norte de África septentrional, los libios, pero en la Cirenaica tomaron un contacto directo con ellas. También a través de los egipcios conocieron a los etíopes, unas poblaciones caracterizadas como negras que habitaban al Sur de Egipto, de donde procedía el río Nilo. La existencia de los pigmeos, que en alguna ocasión aparecen en inscripciones egipcias, fue conocida por los griegos

⁴ Vid. Ch. de la RONCIÈRE: *La découverte de l'Afrique au Moyen Age*. El Cairo, 1925.

⁵ MOMIGLIANO, A.: *La Historiografía griega*. Barcelona, 1984, p. 46.

⁶ DECRET, F. y FANTAR, M.: *L'Afrique du Nord dans l'Antiquité. Des origines au V siècle*. París, 1981, p. 16; CAMPS, G.: *Berbères. Aux marges de l'Histoire*. París, 1980, pp. 87-88.

⁷ BOARDMAN, J.: *Los griegos en ultramar. Comercio y expansión colonial antes de la Era clásica*. Madrid, 1975, pp. 122 y ss.; SANTOS YANGUAS, N. y PICAZO, M.: *La colonización griega*. Madrid, 1980, pp. 226 y ss..

En la poesía de Homero observamos esos ecos acerca de la tierra africana y de sus peculiares habitantes. Pero lo africano en el gran poeta primitivo se reduce al río Nilo y a la tierra de Libia, aunque con unas escasas



Fig. 1: La visión del mundo tal y como se interpreta de la obra de Homero.

⁹ JANNI, P.: *Etnografia e Mito. La Storia dei Pigmei*. Roma, 1978.

precisiones. Por el contrario, encontramos menciones al país de los etíopes, pueblos que según señala estaban repartidos unos hacia el Este y otros hacia el Oeste. No creemos del todo seguro que nos hallemos ante una cita concreta sobre poblaciones negras, aunque sí a la existencia de unos tipos humanos de piel oscura¹⁰.

Por otra parte, la cita homérica acerca de los pigmeos está totalmente alejada de constituir un dato preciso acerca de una realidad, por el contrario parece ser una aproximación mítica a la creencia sobre las diferencias humanas. La revisión de estas citas de Homero indica que los griegos del siglo VIII a. de C. de forma bastante ecidente derivaban su imagen de África de los testimonios egipcios¹¹.

Particularmente interesante al respecto es un fragmento de la obra homérica en el cual se pone en boca de Menelao una caracterización de África: «Libia, donde los corderos en seguida crían cuernos, pues las ovejas paren tres veces en un solo año. No andan faltos allí de amo ni de pastor, de queso ni de carne, ni de dulce leche, pues siempre están dispuestas para dar abundante leche»¹². Este párrafo de Homero recoge lo que será todo un tópico posterior, el carácter pastoril de las poblaciones norteafricanas. Una visión que partía de la realidad manifestada ante los griegos puesto que reflejaba las características de los pueblos indígenas conocidos en la Cirenaica.

En la misma época que Homero otro poeta, Hesíodo, comenzó a crear la imagen de un continente africano poblado por extraños seres, creencia que iba a tener una amplia continuidad histórica. Es probable que su concepto fuera mucho más impreciso de lo que más tarde iba a pensarse, quizás Hesíodo no hablaba de una tierra concreta, y mucho menos de existencia perceptible. La cita de Memnón, el de la coraza de bronce, como rey de los etíopes¹³, no parece ubicar al personaje en lugar alguno, aunque posteriormente los griegos interpretarían que se trataba de una cita concreta de la Libia. En sus fragmentos Hesíodo habla de la existencia de pueblos extraños, entre ellos los ya mencionados pigmeos, los semiperros y macro-

¹⁰ SNOWDEN, F. M.: «The Negro in Ancient Greece», *American Antropologist*, 50, 1948, pp. 31-44.

¹¹ Por el contrario, desde muy antiguo un sector importante de la historiografía ha defendido que Homero utilizó para sus poemas unos textos geográficos bien precisos. Vid. DION, R.: *Aspects politiques de la Géographie Antique*. París, 1977. Esta tesis, ya formulada por el helenista francés Victor Bérard a comienzos del presente siglo, parece escasamente convincente.

¹² *Odisea* IV, 84-88.

¹³ HESÍODO: *Theogonia*, 985.

céfalos, seres fantasmagóricos que, con el tiempo, serían emplazados en África¹⁴.

En resumen, las menciones de Homero y de Hesiodo, sobre todo por la interpretación de los autores inmediatamente posteriores, nos indican que los griegos iniciaron una visión de África desde un concepto que era meramente intuitivo. Esta imagen partió de la reelaboración de los testimonios egipcios. Así los libios, etíopes y pigmeos, aparecían como unos pobladores hipotéticos o reales de unos espacios diferentes en las extensas zonas del África profunda. A lo anterior se sumaba el conocimiento indudable del carácter más cálido y seco que tenía África, en relación con el continente europeo, la existencia de numerosas poblaciones dedicadas al cuidado de los ganados. Finalmente, se completaba con la creencia de un cierto poblamiento por parte de unos hombres extraños, producto en ocasiones de posibles mutaciones entre animales y humanos.

La escuela de Mileto fue la primera que se aproximó a un conocimiento de África a partir de una ciencia especulativa. Tales de Mileto, creador de esta escuela, había viajado por Egipto, donde encontró inspiración para sus principios filosóficos. Uno de sus alumnos, Anaximandro, elaboró el primer mapa del mundo que los griegos podían conocer. En él de forma puramente intuitiva se veía África como una isla, rodeada por el mar Mediterráneo y por el Oceano circundante. La división del mundo conocido en tres continentes creaba el concepto de Libia como uno de ellos, con su propia identidad.

Desde el siglo XIX los estudiosos de la geografía antigua han realizado diversos intentos para reconstruir los mapas que se hicieron en la antigüedad. Una labor difícil por cuanto debemos reconstruir los datos acerca de los mismos a partir de los textos de otros geógrafos de la misma antigüedad. Los mismos han servido como un buen elemento de ilustración en ocasiones diversas, empezando por la obra clásica de Vivien de Saint-Martin, a la que han seguido otros trabajos más completos¹⁵.

Sin embargo, estos mapas reconstruidos aparecen mucho más como unas meras recreaciones actuales a partir de algunos datos generales. En realidad, al contrario que en esas reconstrucciones realizadas desde el siglo pasado, en la concepción griega el mundo no era un círculo sino una esfe-

¹⁴ Vid. la traducción de HESIODO: *Obras y fragmentos*, por PÉREZ JIMÉNEZ, A. y MARTÍNEZ DÍEZ, A., Madrid, Gredos, 1983, pp. 269-271.

¹⁵ Vid. sobre todo VIVIEN DE SAINT MARTIN, L.: *Histoire de la géographie et des découvertes géographiques*. París, 1875; BUNBURY, E. H.: *A History of Ancient Geography*. Nueva York, 1959 (edición original de 1883); KAMEL, Y.: *Monumenta cartographica Africae et Aegypti*. El Cairo, 1926; AUJAC, G.: *La géographie dans le monde antique*. París, 1975.

ra¹⁶. Los griegos creyeron que el continente africano tenía una forma casi perfectamente triangular y que, además, era de un tamaño mucho más reducido del que tiene en realidad¹⁷. El límite final de África por el Sur se encontraría a grandes rasgos a la altura del golfo de Guinea.

Pero el mundo conocido era una tierra habitada por una serie de poblaciones diferentes. En la visión etnocéntrica de los griegos la OIKOUMÉNÈ tenía su centro geográfico exacto que estaba constituido por el santuario de Delfos. A partir de este centro ideal del mundo, las tierras más extremas se caracterizarían por un clima que era cada vez más desahagible en la medida en la que se alejaban de Delfos. Así a los territorios más septentrionales de Europa y de Asia les correspondería un clima especialmente frío, por el contrario, las zonas más meridionales de África se caracterizaban por tener un clima tórrido. Los habitantes que se conocían en ambos medios extremos en distancias y en clima debían de tener características especiales; en el primer caso estaban los escitas, en el segundo los etíopes.

Otro alumno de Anaximandro, Hecateo de Mileto, elaboró un tratado recogiendo toda una serie de noticias geográficas acerca del mundo conocido. No se conserva su obra original pero en los fragmentos de la misma la imagen de África que se deriva está repleta de unos primeros datos de carácter etnográfico. Aparecen los nombres de algunas ciudades, también y sobre todo de algunas poblaciones africanas, acerca de muchas de las cuales se destaca su carácter nómada y también algunas de sus costumbres.

El África Subsahariana aparece reflejada con muy diversos elementos, tomados de autores anteriores y que iban a marcar de forma indeleble su imagen en el futuro. Así la existencia en ella de unos animales particularmente extraños y, sobre todo, la mención de los pigmeos¹⁸. Los mismos habían surgido en la poesía primitiva griega, como hemos visto, pero sin indicaciones acerca de su ubicación exacta. En el siglo VI a. de C. los pigmeos son ubicados expresamente en África.

Las poblaciones norteafricanas conocidas y mencionadas por Hecateo son los Maxies, los Zigantes, los libios (africanos) y los libiofenicios. Probablemente estos últimos debían de ser la mezcla de africanos y cartagine-

¹⁶ BLÁZQUEZ, A.: «Estudios acerca de la cartografía española», *Boletín de la Real Sociedad Geográfica*, 48, 1906, p. 191

¹⁷ CASARIEGO, J. E.: «Las grandes exploraciones marítimas del África en la antigüedad», *Archivos del Instituto de Estudios Africanos*, 14, 1950, p. 13.

¹⁸ CARO BAROJA, J.: *La aurora del pensamiento antropológico. La Antropología en los clásicos griegos y latinos*. Madrid, 1983, pp. 26 y ss.

ses¹⁹. De hecho, Hecateo menciona toda una serie de ciudades costeras de estos libiofenicios y que sabemos, y la propia arqueología así nos lo confirma, que eran colonias púnicas²⁰.

Mucho menor valor científico tienen las obras de los autores conocidos como mitógrafos. No obstante, las mismas contribuyeron a forjar una imagen exótica de África, para la cual no resultaron menos influyentes. Así los mitos referidos a los pueblos Atlantes, a los que Helánico de Lesbos dedicó una obra literaria completa. Aparentemente, el concepto de la existencia de pueblos Atlantes tuvo su origen en el mito de la Atlántida de Platón. Los que en esa época eran conocidos por ese nombre por parte de los griegos eran los pobladores de las inmediaciones del Atlas magrebí²¹.

Pero el mito de los Atlantes y de la Atlántida, de acuerdo con el relato de Platón, tuvo un origen egipcio. En la obra de Esquilo, más allá de la tierra de las Gorgonas, y de los infernales perros de Zeus, se hallaba el territorio de los negros, cerca de las fuentes del sol y junto al río Etíope, de donde surgía el Nilo²². Ese río Etíope no es otro que el Océano al sur de África. Píndaro nos ofrece un relato del viaje de los Argonautas, con una imagen deslavazada del continente africano; sus tierras más meridionales conectaban con las asiáticas y formaban un inmenso litoral de un Océano austral²³.

En la visión que tenían los griegos el continente africano se estaba llenando de elementos míticos. También merece destacarse la creencia griega acerca del asentamiento de las Amazonas en el continente africano. Cuestión que aparece en muy diversos relatos griegos. Por ejemplo, Dionisio de Mitilene citó la Libia como tierra de origen de las Amazonas. Este autor afirmó que estas Amazonas sometieron a los Atlantes, la más poderosa nación del continente africano, y que marcharon contra Europa²⁴.

Algún tiempo más tarde, Diodoro de Sicilia iba a afirmar que este pueblo de las Amazonas en el pasado «habitaron una isla al Oeste en el lago Tritón, cerca del Atlas. Esta isla está llena de árboles frutales y de muchos rebaños de cabras y ovejas»²⁵. Los indígenas no conocían todavía la agri-

¹⁹ DOMÍNGUEZ, A. J.: «Los libiofenicios y la interpretación del significado de su presencia en el sur peninsular», *España y el Norte de África. Actas del Primer Congreso Hispano-Africano de las culturas mediterráneas*, Granada, 1987, I, p. 130.

²⁰ Los fragmentos de Hecateo aparecen recogidos en MÜLLER, C.: *Fragmenta Historicorum Graecorum*. I, París, 1841, pp. 23-25.

²¹ GHIRELLI, A.: *El país berébere. Contribución al estudio de los orígenes, formación y evolución de las poblaciones del África septentrional*. Madrid, 1942, p. 147.

²² ESQUILO: *Prometeo*, 70 y ss.

²³ PÍNDARO: *Pythica*, IV.

²⁴ ALONSO DEL REAL, C.: *Realidad y leyenda de las Amazonas*. Madrid, 1967, p. 77.

²⁵ DIODORO DE SICILIA: *Biblioth.* II, XLIV.

cultura, y las Amazonas utilizaban escudos de pieles de las grandes serpientes de Libia.

Pero también el extremo Occidente africano iba a ser en la concepción de los griegos la tierra que se caracterizaría por poseer grandes maravillas. A esa zona se terminaría desplazando la imagen de un paraíso de imprecisa ubicación. Según algunos estudiosos contemporáneos, la identificación griega de los Campos Elíseos, de las islas de los Afortunados, y del Jardín de las Hespérides, con el África atlántica se realizó desde unas épocas muy primitivas.

En nuestra opinión, por el contrario, esta identificación del Occidente con los paraísos se efectuó en épocas posteriores. Lo que surgió como ideas puramente míticas, en fechas tardías se emplazaría en lugares más concretos del Occidente. En concreto, el ciclo de los trabajos de Heraklés (también llamado Hércules) primero se ubicó en Sicilia, para pasar más adelante a Tartessos y a la zona del estrecho de Gibraltar²⁶.

Este desplazamiento del ciclo de los trabajos de Hércules ocasionó a su vez que algunos de los episodios se ubicaran de una forma en principio imprecisa en el extremo Occidente africano, la residencia del gigante Atlas, luego materializado en una montaña o cordillera montañosa²⁷. El Jardín de las Hespérides fue situado en las costas marroquíes, en la zona de Lixus (Larache), debido sobre todo al interés que los habitantes de esta ciudad iban a tener en ganar prestigio (en relación con el prestigio de la ciudad de Gades, con la que mantenía intensas relaciones).

Las famosas islas de los Afortunados cantadas por los poetas griegos iban a ser identificadas tanto con las Canarias como con Azores y Madeira, sobre todo cuando a esos archipiélagos llegaron los marinos gaditanos a partir del siglo II a. de C.²⁸ Fueron éstas unas precisiones geográficas de épocas tardías acerca de unos mitos que los griegos, de forma intuitiva, habían desplazado hacia el Occidente desde el siglo VI a. de C.

En la literatura griega el continente africano aparece, desde finales del siglo VI a. de C., con características tópicas. En las tragedias griegas África aparece reflejada como la tierra poblada por los etíopes. Pero la concepción aquí presente es puramente la derivada del testimonio egipcio. Esa

²⁶ LÓPEZ MELERO, R.: «El mito de las Columnas de Hércules y el estrecho de Gibraltar», *Actas del I Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar*. I, Madrid, 1988, pp. 615-642. Sobre estos mitos *vid.* también GOZALBES, E.: *El nombre romano de Ceuta. De Septem Fratres a Ceuta*. Ceuta, 1990.

²⁷ CARCOPINO, J.: *Le Maroc Antique*. París, 1943.

²⁸ GOZALBES, E.: «Sobre la ubicación de las listas de los Afortunados en la Antigüedad clásica», *Anuario de Estudios Atlánticos (A.E.Atl.)*, 35, 1989, pp. 17-43; *ídem*: «Los mitos griegos del África atlántica», *A.E.Atl.*, 39, 1993, pp. 373-400.

Etiopía es la tierra de la cual procede el Nilo, es decir, al sur de Egipto, localización más concreta mencionada en la obra de Esquilo. Los etíopes son relacionados de forma directa con África, identificados como los principales habitantes.

En las comedias de Aristófanes, la Libia es la tierra desde donde emigraban las grullas. Los poetas líricos, tales como Píndaro, hablan de la Etiopía y de los etíopes de una forma que es muy poco precisa²⁹. Pero la Etiopía acunada por los poetas y literatos se caracteriza por ser un territorio de clima tórrido, un lugar de reposo del sol³⁰. Esa primera característica es la de una África conocida y no solamente intuita, la caracterizada por un clima caluroso.

Y en la concepción intuitiva del África por los griegos debe incluirse la visión de determinadas curiosidades que se atribuían a las costas del Atlántico. Hacia el 630 a. de C. los griegos habían accedido a Tartessos, con el casual viaje de Kolaïos de Samos³¹. Con posterioridad, en el siglo VI a. de C. realizarían algunas exploraciones por las costas africanas. Pero los relatos de las mismas tienen poco valor científico, más allá de referir una visión fantástica. Un tal Eutímenes de Massalía afirmó que había encontrado en la costa africana la desembocadura de un gran río, probablemente el Senegal³², que estaba poblado de hipopótamos y cocodrilos³³. Otro griego llamado Eufemo, natural de Caria, afirmó haber llegado hasta una isla, poblada por hombres de color oscuro y que eran mudos, que exigieron la entrega de una mujer de la que abusaron sin pudor alguno³⁴. La escena aparece representada en un vaso ático del siglo VI a. de C.³⁵

Pero junto a la denuncia de un salvajismo tópico, la Etiopía también fue vista como un territorio que estaba repleto de las más maravillosas riquezas. De hecho, los griegos ubicaban en esas extremidades de la tierra no solamente paraísos imaginarios, sino zonas que producían unos recursos especialmente preciados. Unas imágenes, en este caso la del África fantás-

²⁹ MUENG, E.: *Les sources grecques de l'histoire négro-africaine*. París, 1972, pp. 19 y ss.

³⁰ GARCÍA GONZÁLEZ, J. M.^a: «Etiopía en la literatura (etnográfica) griega: pautas para una imagen», *Florentia Iliberritana*, 3, 1992, pp. 199-209.

³¹ HERÓDOTO, IV, 152.

³² FABRE, P.: «Les Grecs à la découverte de l'Atlantique», *Revue des Études Anciennes*, 94, 1992, pp. 13-14.

³³ SÉNECA: *Natur. Quaest.* III; ELIO ARISTIDES: *Orat.* XXXVI; PLUTARCO: *De Placit.* IV, 1.

³⁴ PAUSANIAS I, 23.

³⁵ CASARIEGO, J.E.: *Los grandes periplos de la Antigüedad. Breve Historia de las navegaciones clásicas*. Madrid, 1949, p. 36. De una forma tan fantasiosa como ingenua, GAFFAREL, P.: *Étude sur les rapports de l'Amérique et de l'Ancient Continent avant Christophe Colomb*. París, 1869, pp. 147-148, creyó que Eufemo había llegado a... las Antillas.

«Etiopía, última tierra habitada por aquel lado, que además presenta la ventaja de producir oro en gran cantidad, de criar elefantes con enormes defensas, de poseer en sus bosques todo género de árboles y el mismo ébano, y de tener hombres muy altos, muy bellos y longevos»³⁷.

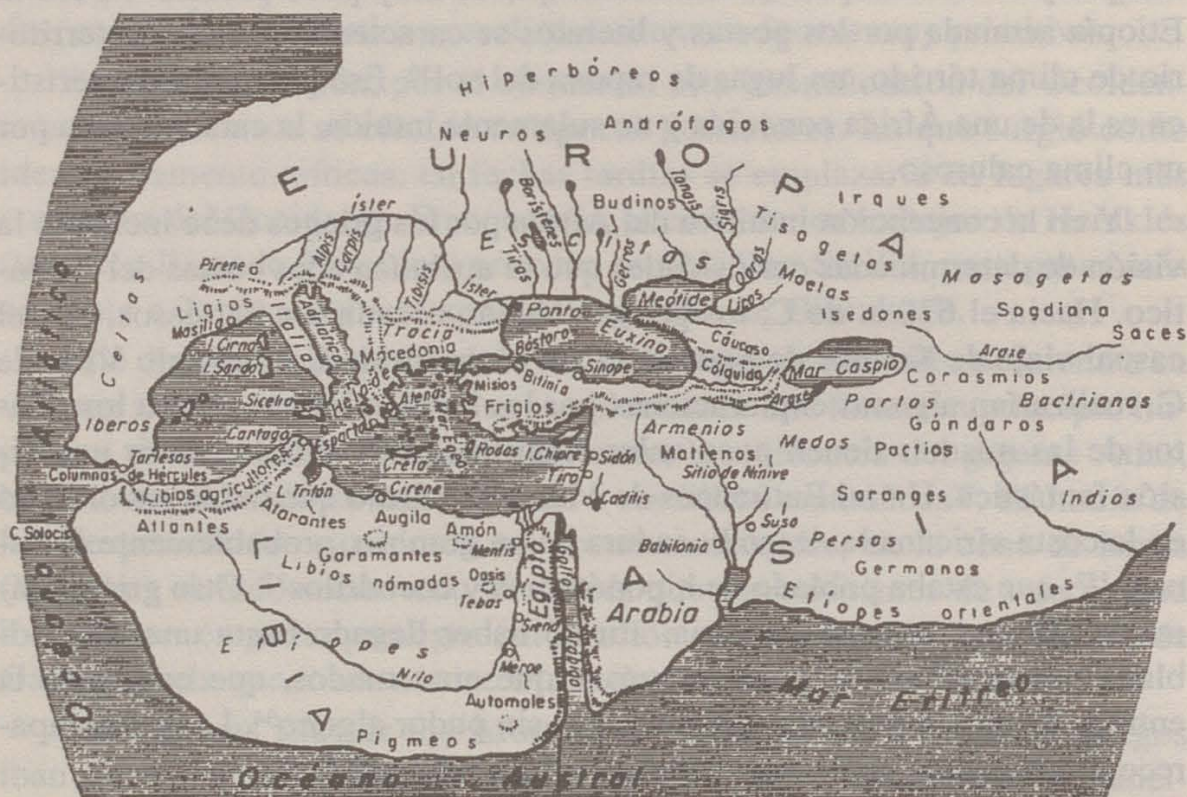


Fig. 2: *Imagen del mundo según Herodoto (a partir de Vivien de Saint-Martin).*

En este caso nos encontramos ante una alabanza no del tipo o modelo griego de los «bárbaros sabios», sino de características de tipo físico y existencial³⁸. Esta belleza y longevidad de los etíopes se iba a convertir en un tópico en el pensamiento y en la literatura griega. Así Aristóteles afirmaba que en Etiopía los gobernantes eran nombrados entre los más afortunados por destacar en lo referido a la estatura y a la belleza³⁹. Y Herodoto habla

³⁶ GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J.; PÉREZ LARGACHA, A. y VALLEJO GIRVES, M.: *Tierras fabulosas de la Antigüedad*. Alcalá de Henares, 1994.

37 HERODOTO, III, 114.

³⁸ BERNAL, M.: *Atenea negra. Las raíces afroasiáticas de la civilización clásica*. Barcelona, 1994. Acerca de las alabanzas de determinados pueblos no griegos, MOMIGLIANO, A.: *Sagesses barbares. Les limites de l'hellénisation*. París, 1984 (existe trad. esp., México, 1992).

³⁹ ARISTÓTELES: *Polit.* 1290b.

sobre los etíopes macrobios o longevos⁴⁰, que habitaban en las costas del mar Rojo, describiendo entre ellos una curiosa práctica alimenticia, la llamada «mesa del sol», desarrollada por los que tenían un puesto público⁴¹.

Así pues, los habitantes del África más profunda despertaban en los griegos dos imágenes que eran bien diferentes. Por un lado estaba la figura del buen etíope, relacionado, de una o de otra forma, con lo sagrado, que se caracterizaba por la belleza, por su gran altura y por su longevidad. Pero también encontramos en la visión de los africanos a veces una cierta repulsión. Pero esta aversión en la mayor parte de los casos que hemos podido detectar en la literatura, monstruos aparte, no se refieren a las condiciones físicas ni al color de la piel de estos habitantes del continente africano. El rechazo está referido al salvajismo, a la dureza de sus costumbres⁴².

El análisis de la literatura griega de la Antigüedad clásica permite concluir que ante lo africano, y más en concreto ante los hombres de piel negra, los griegos de la antigüedad practicaron el etnocentrismo, pero en ningún caso el racismo. Significativa a este respecto es la posición de Aristóteles, que defendió con rotundidad la unicidad del género humano cualquiera que fuera el color de su piel. Y todavía más en concreto, contestó la creencia de que los negros poseían el semen de ese mismo color. Por el contrario, el hecho de que sus dientes y huesos fueran de color blanco probaba que esa creencia no tenía base alguna⁴³.

El mejor ejemplo erudito de la imagen que África tenía en la antigua Grecia lo encontramos en la obra de Herodoto. Este escritor constituye en realidad la más antigua fuente grecorromana válida para el estudio y el conocimiento del continente africano⁴⁴. El «padre de la Historia» dedicó una atención muy especial a los pueblos africanos, bastante mayor que a los de otros territorios del mundo conocido. Y mejor que ningún otro autor expresó el dualismo que venimos señalando; por un lado, destacaba la belleza y la altura de los etíopes, pero, por otro, no dejaba de mostrar su rechazo por el salvajismo de costumbres de algunas poblaciones del norte de África.

Herodoto partió del principio científico establecido por la escuela milesia: todas las tierras del mundo conocido estaban distribuidas en tres continentes. Pero ya no de forma intuitiva, sino con un testimonio real, iba a

⁴⁰ HERODOTO III, 17-18.

⁴¹ VERNANT, J. P.: «Manger aux pays du Soleil», en *La cuisine du sacrifice en pays grec*. París, 1983, pp. 239-249.

⁴² DELACAMPAGNE, C.: *Racismo y Occidente*. Barcelona, 1983, p. 159.

⁴³ ARISTÓTELES: *Hist. Anim.* III, 22.

⁴⁴ DJAIT, H.: «Fuentes escritas anteriores al siglo XV», en J. KIZERBO: *Historia General de África*, op. cit., p. 116.

afirmar que la Libia estaba rodeada por las aguas marinas. Recoge los relatos acerca de los que habían intentado, probablemente también en un caso realizado, el proyecto de circunnavegación del continente.

Según Herodoto, el descubrimiento del carácter prácticamente insular del continente africano se debió a una exploración que mandó realizar el faraón egipcio Necao II. Éste encargó a unos fenicios que en unas naves partieran del mar Rojo y dieran la vuelta a la Libia, volviendo por el estrecho de Gibraltar, es decir, por las Columnas de Heraklés:

«Saliendo, por tanto, los fenicios del mar Eritreo navegaron hacia el Sur. Durante todo el tiempo de navegación, cuando venía el otoño acudían a la costa líbica, sembraban y aguardaban a recoger la cosecha, después de la cual volvían a embarcarse. Así pasaron dos años y al tercero, atravesando las Columnas de Heraklés, volvieron a Egipto. Referían aquello que yo no puedo creer, aunque lo pueda hacer otro: que navegando alrededor de Libia tenían el sol a su derecha. De esta forma fue como se realizó el descubrimiento»⁴⁵.

El dato que ocasionaba el escepticismo de Herodoto es precisamente el que avala la veracidad del relato. Naturalmente, al cruzar el Ecuador, los navegantes debieron tener el sol a su derecha, pero este dato únicamente es posible de ser conocido por aquellos que llegaron a zonas tan meridionales. Los datos que ofrece Herodoto, la relación de la expedición con el canal que Necao II mandó abrir, permite datar esta expedición realizada entre los años 608 y 605 a. de C.⁴⁶

En el éxito de esta heroica empresa contribuyó de una forma decisiva el que la circunnavegación partiera desde el mar Rojo, y siguiendo esa dirección la navegación estaba favorecida por el régimen de las corrientes marinas. Pero esta exploración dejó escasas huellas en la historia de la ciencia. Los sacerdotes egipcios y personas ilustradas de ese país no supieron explicar a Herodoto si el mar Rojo era un mar interior o si se comunicaba con el Océano. Y esta incógnita iba a continuar existiendo; acerca de ella ni Eratóstenes ni Marino de Tiro, buscando en los libros fenicios y en la famosa biblioteca de Alejandría, lograron encontrar cumplida respuesta.

También Herodoto refiere otro segundo intento antiguo para circunnavegar África, si bien en este caso ese intento no estuvo acompañado del éxito. El persa Sataspes había sido condenado por el rey Jerjes, que canjeó el empalamiento por la obligación de efectuar la navegación en torno a la Libia. Sataspes partió con una nave y marineros desde Egipto:

⁴⁵ HERODOTO, IV, 42.

⁴⁶ JANVIER, Y.: «Pour une meilleure lecture d'Herodote. A propos de l'Egypte et du périple de Nechao», *Les Études Classiques*, 46, 1978, pp. 97-111.

«Puso rumbo hacia las Columnas de Heraklés, pasadas las cuales y doblado el promontorio de Libia que llaman Soloeis⁴⁷, se dirigió hacia el Sur. Pero como transcurrieron muchos meses de navegación por el mar, y siempre le quedaba mucho más por donde pasar, decidió dar la vuelta y volver a Egipto. Desde allí marchó a presentarse al rey Jerjes, al cual informó que había llegado muy lejos, hasta una costa donde los hombres eran de una estatura muy baja y vestían con hojas de palmera. Éstos apenas veían llegar a los procedentes de la nave, abandonaban sus casas y marchaban a las montañas»⁴⁸.

Los fenicios de época de Neco II no habían referido el establecimiento de contactos con los pobladores africanos, pese a sus largas estancias en tierra. Sataspes, hacia el 480 a. de C., sí tomó un contacto muy directo con tierras habitadas en las costas del África atlántica. La mención de que existieron varios meses de navegación al Sur del cabo Espartel, por la costa del África atlántica, plantean la incógnita de saber hasta dónde llegaron. Nuevamente nos aparecen mencionados los hombres de estatura muy baja, quizás pigmeos, y ahora vestidos con hojas de palma. Pero ciertamente, la expedición de Sataspes tomó contacto con zonas que estaban habitadas. El mismo Herodoto refiere que volvieron cargados de tesoros, que terminarían cayendo en las manos de un samio que él mismo bien sabía quién era. También en este caso es indudable la existencia real de la expedición.

Pese a estas menciones de Herodoto, que representan unas navegaciones auténticas, de África únicamente se conocían en realidad sus regiones más septentrionales. Al este de África se hallaba Egipto, teatro de una civilización sobre la que Herodoto es una fuente básica de conocimiento. Su descripción de ese país, al que consideraba un regalo del río Nilo, es muy detallada, señalando todo aquello que convertía en extraña su civilización. Sus costumbres eran muy distintas a las de los griegos, llegando a afirmar que eran prácticamente inversas en muchas cuestiones. Al Sur de Egipto se extendía la Etiopía, de la que procedía el Nilo, y sobre la que se conocían muy pocos detalles.

Herodoto traza un cuadro descriptivo de las distintas tierras africanas que señala el conocimiento máximo que tuvieron al respecto los griegos. El litoral mediterráneo contenía los territorios poblados por griegos y cartagineses, de un lado, y por innumerables poblaciones libias, de otro. Al Sur de estas tierras se extendían territorios poblados por una gran cantidad de bes-

⁴⁷ En este caso al menos parece indudable que se trataba del cabo Espartel, al Occidente de Tánger.

⁴⁸ HERODOTO, IV, 43.

tias salvajes, extrañas en muchos casos, y más allá se hallaban los terribles arenales del desierto⁴⁹.

Sobre el África Subsahariana los griegos desconocían prácticamente todo. Pero Herodoto recoge un testimonio que le ofrecieron los griegos de Cirene. En el pueblo indígena de los nasamones habían existido unos jóvenes, a los que califica como «temerarios», que habrían decidido explorar los desiertos y ver qué había más allá de los mismos. La exploración es descrita de esta forma por Herodoto:

«Aquellos jóvenes, enviados por sus compañeros, bien provistos de agua y víveres, caminaron al principio a través de la zona habitada y, cuando la hubieron atravesado, llegaron a la zona de las bestias salvajes y, al salir de ésta, cruzaron el desierto marchando cara al viento céfiro. Cuando habían recorrido en muchas jornadas una gran extensión de país arenoso, vieron al fin árboles que crecían en una llanura y, acercándose, empezaron a coger los frutos que había en los árboles, pero mientras los cogían les atacaron unos hombres pequeños, de una talla inferior a la normal y, apresándolos, se los llevaron. Pero los nasamones no entendían su lengua ni los que se los llevaban la lengua de los nasamones. Y se los llevaron a través de extensas marismas y, después de cruzar estas marismas, llegaron a una ciudad donde todos eran de la estatura de sus raptos y negros de color. A lo largo de aquella ciudad corría un gran río, y corría de poniente hacia sol levante; y en él se veían cocodrilos»⁵⁰.

¿Qué crédito histórico debemos dar al relato acerca de esta expedición de los nasamones? Los datos en sí mismos parecen bastante fidedignos⁵¹. En todo caso, en ellos se detecta lo que será una imagen que renacerá a partir del medievo: el África Subsahariana se caracterizaría por ser un territorio poblado por muchos árboles, y con cierta abundancia de lagos y de ríos. Sus habitantes serían de color negro y entre ellos destacarían las poblaciones compuestas por personas muy bajas, indudablemente las gentes pigmeas.

Como hemos indicado, Herodoto traza un detallado cuadro acerca de las poblaciones indígenas norteafricanas situadas entre Egipto y el territo-

⁴⁹ HERODOTO, II, 32.

⁵⁰ Citamos por la ed. y trad. del libro II por BERENGUER, J., Madrid-Barcelona, CSIC, 1971.

⁵¹ GOZALBES, E.: «Comercio y exploraciones del Sahara en la Antigüedad clásica», *Estudios Africanos*, 12-13, 1993, pp. 21-22. Vid. también LONIS, R.: «A propos de l'expédition des Nasamons à travers le Sahara», *Annales de la Faculté des Lettres et Sciences Humaines de Dakar*, 4, 1974, pp. 165-179.

rio cartaginés⁵². La principal característica con la que aparecen en su relato es su carácter nómada, cuya actividad básica se centraba en el cuidado de sus ganados. Entre esos pueblos estaban los adirmáquidas, que seguían en sus usos los de los egipcios, si bien variaban en el vestido; tenían como una característica más o menos curiosa el que sus reyes poseían el derecho de yacer primero con las desposadas que estimaran más conveniente. Las mismas influencias egipcias tenían sus vecinos, los giligamas. Por el interior sus vecinos eran los asbistas, cerca de Cirene, y más allá los ausquisas, de la región de Barca. A continuación se encontraba la pequeña nación de los bácales.

De todos estos grupos, indudablemente el más importante era el de los ya mencionados nasamones. Sobre ellos, Herodoto ofrece la siguiente descripción:

«En el verano dejan sus ganados en las costas del mar y remontan hasta un territorio llamado Augila donde cosechan los dátiles que allí abundan en las productivas palmeras. Cazan langostas, que muelen y, puestas a secar al sol, y la harina resultante la mezclan con leche y se la beben. Tienen costumbre de poseer cada hombre muchas mujeres, pero las tienen como uso común (...). Tienen también por costumbre que cuando uno se casa por vez primera, todos los invitados a la boda conozcan a la novia, y que cada uno de ellos le haga un regalo traído de su casa»⁵³.

Los nasamones aparecen como la población libia más poderosa de este territorio, así como la que tenía unas mayores relaciones con el interior del territorio. Allí iban de una forma regular hasta el oasis de Augila, donde recolectaban los dátiles⁵⁴. Pero indudablemente se trataba de un pueblo ganadero y no hay que ver en el mismo un desarrollo comercial⁵⁵.

Después de mencionar alguna población ya extinguida en su tiempo, Herodoto menciona a un segundo grupo étnico de cierta importancia, los garamantes⁵⁶. Habitaban un país especialmente agreste, poblado por nume-

⁵² GSELL, St.: *Herodote. Textes relatifs à l'Histoire de l'Afrique du Nord*, Arge., 1915; DESANGES, J.: *Catalogue des tribus africaines à l'Ouest du Nil*, Dakar, 1962; FERNÁNDEZ UBIÑA, J.: «Herodoto y la etnografía del Mediterráneo occidental», *España y el Norte de África*, op. cit., pp. 139-147.

⁵³ HERODOTO, II, 172.

⁵⁴ HERODOTO, IV, 182, volverá a repetir lo mismo.

⁵⁵ Como defendió CARPENTER, R.: «A trans-Saharan caravan route in Herodotus», *American Journal of Archaeology*, 60, 1956, pp. 231-242. En contra, GOZALBES, E.: «Comercio», p. 20.

⁵⁶ HERODOTO, II, 174.

rosas fieras. De carácter insociable, escapaban de relacionarse con otros pueblos. Otros pueblos son descritos a partir de algunos rasgos específicos: los maxies, que se cortaban el pelo dejándose un penacho en la coronilla⁵⁷; los gindanes, cuyas mujeres llevaban aros en los tobillos⁵⁸; los lotófagos, misteriosas personas que se alimentaban de la flor del loto⁵⁹. Acerca de otros pueblos de la zona muestra algunas de sus actuaciones en el aspecto sexual:

«Las doncellas del país organizan todos los años una fiesta en honor de Atenea en la cual se reparten en dos bandos y luchan a pedradas y garrotazos... Estos pueblos, sin convivir habitualmente con sus mujeres, gozan de todas ellas a discreción, juntándose con ellas como las bestias. Y cuando una mujer tiene un hijo como resultado de sus relaciones con varios hombres, los interesados se reúnen en un determinado lugar a los dos meses y el niño se considera del hombre al que se parezca»⁶⁰.

Más hacia el Occidente habitaban otros pueblos libios que no eran nómadas ganaderos sino agricultores. Los primeros de ellos eran los maxíes. Estas poblaciones, hasta el extremo Occidente, se desparramaban por tierras montañosas, caracterizadas por gran cantidad de bosques poblados por fieras. Entre estas fieras cita las serpientes de enorme tamaño, los leones, los elefantes, los osos y los áspides. Junto a ellos los asnos con cuernos, sin duda alguna clase de cérvido. Pero a continuación Herodoto no olvida mencionar la existencia de unos hombres monstruosos: «Si creemos lo que cuentan, hay hombres cinéfalos y otros acéfalos, de los que se dice que tienen los ojos en el pecho, a los que se suman otros hombres y mujeres salvajes»⁶¹.

Todas estas poblaciones eran las que ocupaban la franja costera. La zona interior era mucho menos conocida y así las menciones de este autor son mucho más imprecisas, cuando no claramente fantasiosas. La región estaba llena de fieras, y tenía toda una serie de lomas de sal, con surtidores de agua⁶². En estas tierras habitaban los garamantes:

«Los garamantes marchan a la caza de los etíopes trogloditas, montados en carros de cuatro caballos, debido a que esos etíopes son los

⁵⁷ HERODOTO, IV, 175.

⁵⁸ HERODOTO, IV, 176.

⁵⁹ HERODOTO, IV, 177.

⁶⁰ HERODOTO, IV, 180.

⁶¹ HERODOTO, IV, 191.

⁶² HERODOTO, IV, 181.

hombres más rápidos de carrera de todos los que hemos oído hablar. Los trogloditas comen serpientes, lagartos y otros reptiles de este tipo; su idioma no es parecido a ningún otro, aunque puede afirmarse que más que hablar chillan a la manera de los murciélagos»⁶³.

Este texto de Herodoto ha llamado la atención en el aspecto de que documenta la obtención de esclavos del Fezzan⁶⁴. Por el contrario, ha pasado desapercibido en el aspecto referido al lenguaje. Vemos aquí presentado, por vez primera, lo que será un tópico acerca del habla norteafricana. Debemos tener en cuenta que los árabes de la Edad Media atribuyeron el propio nombre de los beréberes a su extraña forma de hablar (así lo indica el gran historiador tunecino Ibn Jaldun en el siglo XIV). Un milenio y medio antes podemos observar exactamente la misma imagen acerca del lenguaje, tal y como lo documenta Herodoto si bien referida a las poblaciones del Fezzan.

Los más occidentales de los libios del interior, hasta donde llegaban noticias a Herodoto, eran los atarantes. Pero son simples ecos, bastante fantásticos, acerca de estas poblaciones africanas que habitaban los alrededores del Atlas:

«Son hombres anónimos porque, si todos reciben el nombre de atarantes, cada uno de ellos no lleva en particular nombre alguno. Cuando comienza a salir el sol lo insultan y maldicen, porque es allí tan ardiente que abrasa a los hombres y a los campos... Con esta cordillera de sal está pegado un monte que tiene por nombre Atlas, es delgado y redondeado por todas sus partes, y según se dice tan elevado que la vista no alcanza a su cumbre; está permanentemente, tanto en verano como en invierno, cubierto de nubes. Los indígenas dicen que este monte es la columna del cielo y de él toman su nombre, llamándose atarantes. De ellos se cuenta que ni comen cosa alguna que haya sido animada ni durmiendo sueñan jamás»⁶⁵.

Finaliza su descripción Herodoto ofreciendo un resumen de la etnografía del norte de África. En él afirmaba que en total la Libia estaba poblada por cuatro naciones diferentes⁶⁶. De ellas, dos tenían un origen foráneo, los griegos y los cartagineses, unos pueblos que colonizaban las costas del Mediterráneo. Las otras dos eran indígenas, los libios al Norte

⁶³ HERODOTO, IV, 183.

⁶⁴ GOZALBES, E.: «Comercio», p. 23.

⁶⁵ HERODOTO, IV, 184.

⁶⁶ HERODOTO, IV, 197.

y los etíopes al Sur. Y en lo referido a la calidad del terreno de cultivo, la Libia en ningún caso permitía una comparación con Europa y Asia, que eran mucho más fértiles⁶⁷. Sin duda, se trata éste de un testimonio referido a las tierras de colonización griega.

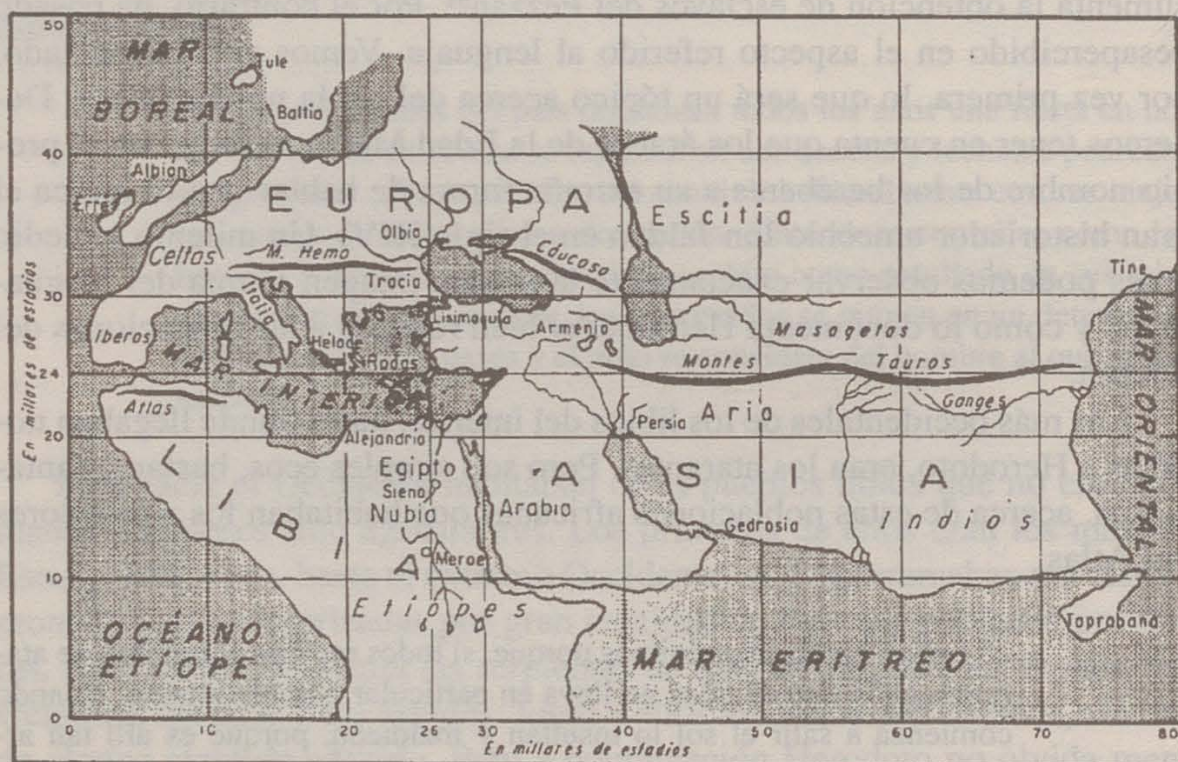


Fig. 3: Imagen del mundo según Eratóstenes de Cirene (a partir de Vivien de Saint-Martin).

Con posterioridad a la época de Herodoto, excepto en lo que se refiere a las costas del mar Rojo, no aumentó de una forma sustancial el conocimiento griego sobre el continente africano. Libia y Etiopía, el África mediterránea y el África «oscura», continuaron siendo las dos realidades conocidas de una forma bastante grosera por parte de los griegos. Debe tenerse en cuenta que los datos eran conocidos a través del intermedio cartaginés, y éstos siempre se preocuparon de guardar silencio o de deformar la imagen del continente africano.

Buen ejemplo a este respecto lo tenemos en el texto de una navegación comercial de los cartagineses por el Atlántico, que recogió Scylax en un libro de navegaciones, su «Periplo». Después de mencionar las distintas

⁶⁷ HERODOTO, IV, 198.

ciudades púnicas de la costa del Magrib, expresamente indica que toma como fuente un relato de los comerciantes cartagineses. Después de pasar la gran colonia de Lixus (Larache), y otra colonia a la que nombra como Thymiateria, sin duda la antigua Rabat, los comerciantes cartagineses llegaban a la zona de la isla de Cerné. Allí entraban en comunicación con los indígenas:

«Los comerciantes son fenicios. Cuando llegan a Cerné anclan sus barcos redondos y establecen tiendas en la isla. Descargan su mercancía y la transportan a tierra en pequeñas embarcaciones. Allí hay etíopes con los que realizan intercambios. Cambian sus mercancías por pieles de ciervos, de leones, de leopardos, por pieles y defensas de elefantes, por pieles de animales domésticos. Los etíopes se adornan con tatuajes y beben en copas de marfil. Sus mujeres se adornan con collares de marfil, incluso para sus cabellos utilizan estos adornos de marfil. Estos etíopes son los hombres más grandes que conocemos; su talla sobrepasa los cuatro codos, incluso algunos alcanzan los cinco codos. Llevan barba y tienen bellos cabellos. Son los más bellos de todos los hombres. Su rey es el más grande entre ellos. Son buenos jinetes, lanzan la jabalina y son magníficos arqueros»⁶⁸.

La descripción general es plenamente cierta. Los comerciantes púnicos accedían hasta la costa de la actual Essaouira, al Sur de Marruecos. Los productos que allí buscaban eran indudablemente los que aquí se mencionan: el marfil y las pieles de los diversos animales. Las características de estos indígenas son exactamente, en lo que se refiere a sus tatuajes, a sus adornos, al coqueto cuidado de la cabellera, a que eran buenos jinetes, que lanzaban la jabalina y que eran expertos arqueros, las mismas que más tarde otros escritores (especialmente Strabon, también escrito Estrabón) aplicarán a los moros. Y por su situación, estos indígenas africanos eran moros y, desde luego, en absoluto etíopes.

Indudablemente el relato cartaginés, bastante realista, sobre el comercio púnico con los moros de la costa atlántica de África, ha pasado en Scylax por el tamiz de la interpretación helénica de las cosas. Estos etíopes son en realidad moros, y su aparición es, por tanto, puramente literaria o interpretativa⁶⁹. Sin duda el texto original incluía la palabra «moros». Sin embargo, como en griego esa palabra tiene también el significado de «oscuro», Scylax convirtió a estos habitantes directamente en etíopes.

⁶⁸ *Periplo de Scylax*, 112.

⁶⁹ LONIS, R.: «Les Ethiopiens du Pseudo-Scylax: mythe ou réalité géographique?», *Revue Française d'Histoire d'Outre Mer*, 66, 1979.

El silencio de los cartagineses, su censura de los datos y su cierre a los griegos del comercio occidental, produjo el que incluso existiera cierto retroceso de los conocimientos en comparación con la época de Herodoto. Este conocía ya, por el testimonio fenicio y egipcio, el carácter circunnavegable de África. Pero en el siglo IV a. de C., de una forma muy ingenua, Alejandro Magno creyó reconocer en el río asiático Hidaspes (probablemente el Jalam) las fuentes del Nilo⁷⁰.

Esta es una clara señal de que los griegos en el siglo IV a. de C. creían en la existencia de un enlace meridional entre África y Asia, en una geografía profundamente distorsionada. Y ya en la época romana, en el siglo II a. de C., Polibio afirmaba «por lo que se refiere a Asia y África, que convergen en Etiopía, nadie puede decir exactamente, al menos hasta nuestra época, si en su prolongación hacia el Sur es tierra firme o bien si está rodeada por el mar»⁷¹. Una gran incógnita de la geografía antigua continuaba en pie. Aristóteles afirmaba que todos los territorios habitados, hasta los extremos septentrional y meridional, habían sido ya explorados⁷². El más allá de lo conocido en África era la tierra y unas costas no habitables.

Prueba de esta distorsión final de África la tenemos en el testimonio de Pausanias, un escritor griego del siglo II d. de C. Describiendo un grupo escultórico de Fidias, en el que estaban representados unos etíopes, afirmaba Pausanias que «acerca de estos etíopes no he podido deducir gran cosa por mí mismo, ni puedo aceptar las explicaciones de aquellos que dicen, muy convencidos, que los etíopes lindan con el río llamado Océano»⁷³.

A continuación mencionaba a los etíopes orientales: «Los últimos que habitan junto al mar extremo son los ictiófagos, y el golfo en el que viven reciben de ellos su nombre. Los más justos entre ellos viven en la ciudad de Méroe y la denominada llanura etiópica. Éstos son los que enseñan la mesa del sol y para ellos no hay otro mar ni otro río que el Nilo»⁷⁴.

Pero junto a estos etíopes orientales existían otros que se extendían hacia el Occidente, vecinos de los moros y que llegaban hasta el territorio de los nasamones:

«Y los nasamones que Herodoto llama atlantes, y los lixitas, que dicen conocer las dimensiones del mundo, que son los últimos libios que habitan junto al Atlas, no siembran nada sino que viven de las vi-

⁷⁰ ARRIANO: *Anabasis*, V, 1, 2-5.

⁷¹ POLIBIO, III, 37.

⁷² ARISTÓTELES: *Met.* II.

⁷³ PAUSANIAS, II, 33, 3.

⁷⁴ PAUSANIAS, I, 33, 4.

ñas salvajes. Y ni estos etíopes ni los nasamones tienen ningún río, porque el agua que brota en el Atlas, aunque da origen a tres torrentes, ninguno de los mismos se convierte en río»⁷⁵.

Como hemos visto más arriba, Herodoto distinguía con gran claridad a los nasamones, del Magrib oriental, de los atlantes, el más occidental de los pueblos por él conocidos. El nombre de los lixitas, del río Lixus (Lukus) en Marruecos, es bastante curioso. Aparentemente, en esta fuente griega tardía los moros, habitantes del África atlántica, aparecen citados con el nombre de una de sus ciudades principales, la vieja colonia fenicia de Lixus, situada junto a la actual Larache. Los griegos, hasta la época romana, no tuvieron un conocimiento minimamente preciso de la zona más occidental de África, valiéndose únicamente de textos púnicos bastante deformados.

Prueba de esta deformación la encontramos en el texto del famoso Periplo de Hannón. Sin embargo, la difusión de este relato fue muy tardía. El mismo se hallaba inscrito, en planchas de bronce, en un templo de Cartago. Cuando esta ciudad fue atacada y conquistada por Roma, en el año 146 a. de C., un griego logró hacer una traducción del texto, versión que es la que a través de códices medievales se ha conservado. Por esta razón, la lengua griega del Periplo es del siglo II a. de C., y no anterior, y los defectos de traducción son muy evidentes. Pero la influencia de esa visión del Periplo de Hannón, que ha sido realmente muy fuerte en la conformación de la imagen histórica de África, se produjo en realidad ya en época romana.

Así pues, la visión del África atlántica legada por los griegos a los romanos va a ser básicamente fantasiosa, repleta de seres extraños, y de una fauna muy en consonancia con la que se suponía para el África profunda. Por el contrario, los griegos tuvieron una mayor presencia en el litoral africano por el confín justamente inverso. Las navegaciones comerciales por el mar Rojo provocaron un cierto aumento de conocimientos de los griegos acerca de las poblaciones de esta zona.

Destaca ya en fechas tardías, en el siglo II a. de C., los escritos del griego Agatárquides, que dedicó una obra monográfica al Mar Rojo. Los fragmentos que se han conservado, nos ofrecen una visión general sobre los pueblos etíopes de esa zona. Lo más destacable es su división de los mismos a partir de todo aquello que constituía su alimento principal⁷⁶.

⁷⁵ PAUSANIAS, I, 33, 5.

⁷⁶ CARO BAROJA, J., pp. 153-154.

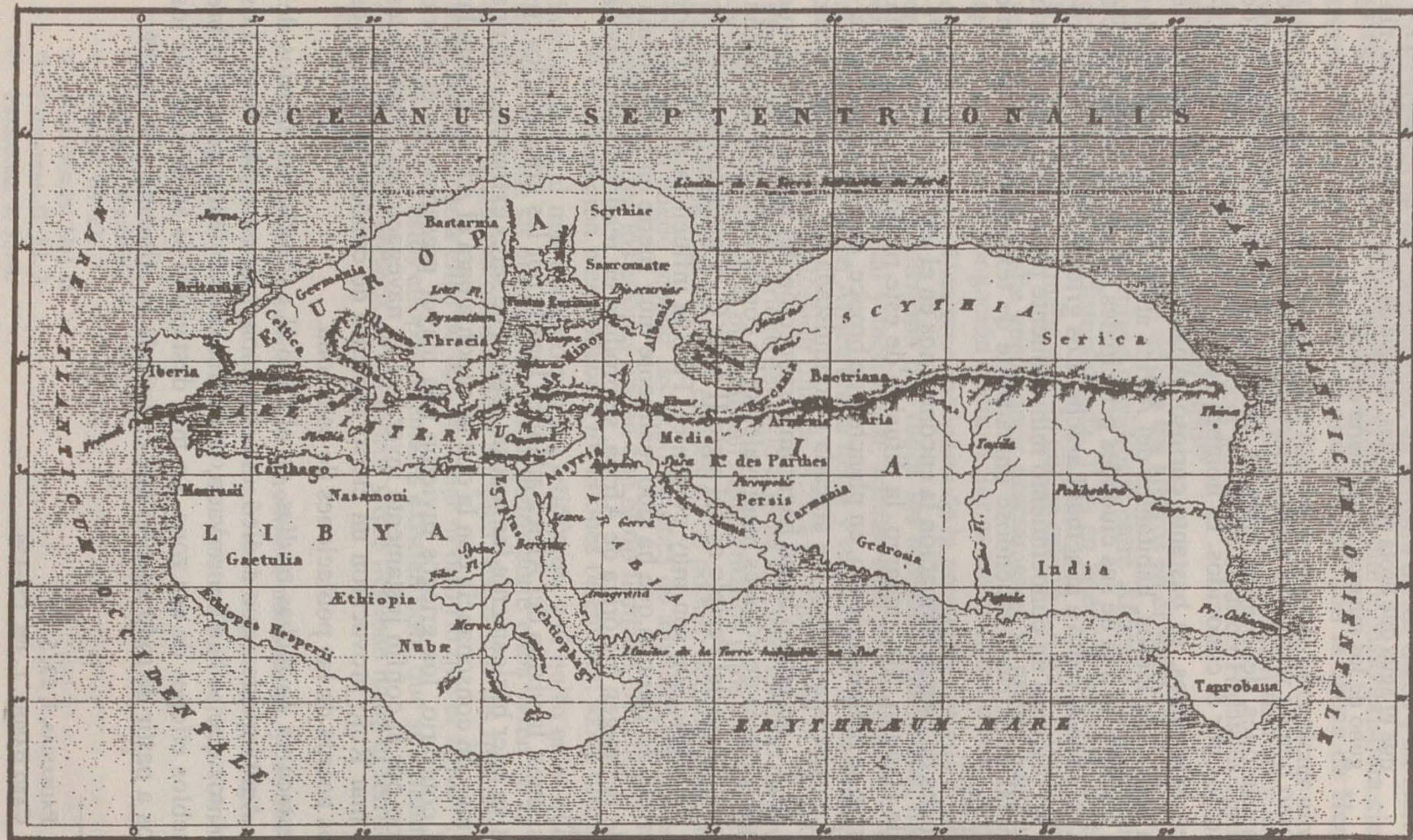


Fig. 4: Imagen del mundo en Strabon.

Desde esta perspectiva, tendríamos los siguientes pueblos principales⁷⁷: los ictiófagos, nómadas comedores de pescado, que vivían en grutas junto al mar, caracterizados por la apatía y otros rasgos de carácter más fantástico; los ilófagos, que comían los frutos de los bosques en los que habitaban, que vivían desnudos y compartían mujeres e hijos; los cazadores; hacia el occidente, los que comían carne de elefante; los comedores de avestruces; los comedores de langostas, gentes muy oscuras que vivían en la mayor de las miserias. En la zona más meridional se hallaban los cynamolgos, un pueblo de cazadores, que criaban perros y que incluso bebían leche de perra⁷⁸.

Pero de todos los pueblos africanos del interior el más importante era, sin duda, el de los etíopes trogloditas. Se trataba de una población eminentemente pastoril, especializada en el cuidado y producción de ganado vacuno. Sus distintos grupos se organizaban con un fuerte y despótico poder, existiendo una considerable rivalidad entre los grupos motivada por el dominio de los pastos. Entre sus costumbres estaba la de matar a aquellos que, por haber llegado a la vejez, se encontraban impedidos para la práctica del nomadismo.

En resumen, la visión griega de África insistió mucho más en los aspectos etnográficos que en los referidos al paisaje o al clima. La escuela milesia de geografía aporta el concepto geográfico de la Libia como tercer continente, de dimensiones que se creían mucho más modestas que Europa o Asia. Pero más adelante, en época helenística, se produjo una distorsión de la visión geográfica, hasta el punto de caer en el desconocimiento de que sus zonas meridionales no enlazaban con Asia.

Los griegos insistieron mucho menos que los romanos en el aspecto cauroso del continente. Hablaron de la existencia de bosques y también de grandes ríos, naturalmente también de los arenales desérticos. Propiamente existirán en el continente tres zonas: Egipto, de unos contornos más precisos por ser conocidos, la tierra de los libios, ocupadas en parte por las colonias griegas y las cartaginesas, y la tierra de los etíopes que se extenderían desde un confín, el mar Rojo, hasta el otro confín, el Atlántico. Libios y etíopes aparecen en la imagen griega como unas poblaciones salvajes en su forma de vida, con costumbres que describieron, destacando sus rasgos más chocantes.

⁷⁷ Los textos de este autor aparecen recogidos por MÜLLER, C.: *Fragmenta Historiarum Graecorum*, III, París, 1874.

⁷⁸ STRABON, XVII, 4, 10-11; DIODORO, III, 21-26.

